

51/2011

6 de julio de 2011

Beatriz Mesa

¿POR QUÉ NO SOMOS AL QAEDA?

¿POR QUÉ NO SOMOS AL QAEDA?

1. INTRODUCCIÓN

Las revoluciones árabes pacíficas, a través de los vídeos e Internet, han logrado marginar a Al Qaeda como referencia en el uso de la imagen. Las imágenes y los símbolos de las revueltas pacíficas han invadido la imaginación árabe y su estética. Su capacidad de persuasión y su efectividad superan incuestionablemente los intentos de Al Qaeda en este campo, pasados y presentes. Con estas palabras el académico, Jaled Harub, desmontó las teorías que se vierten en torno a la vinculación entre los terroristas de Al Qaeda y las revueltas, revoluciones o rebeliones que se han llevado a cabo en el norte de África y en Oriente Medio para poner fin a décadas de dictadura y ausencia de libertades.



Este trabajo pone de manifiesto la evolución de la “primavera árabe” en Libia y prevé un futuro basado en los testimonios de civiles y combatientes recogidos durante los dos meses de cobertura mediática. Se parte de la idea de que los jóvenes libios inician una revolución pacífica que, en contra de su voluntad, se ha transformado en un levantamiento armado

como respuesta a los incesantes ataques de las fuerzas del régimen de Muammar El Gadafi. La guerra en Libia ha provocado que este país- el gran mártir de la primavera árabe- sea subestimado en los análisis de las revoluciones en el mundo árabe por su sublevación armada.

El hecho de que la juventud libia haya decidido encomendar al sacrificio para afrontar los desafíos del régimen ha conseguido la continuidad de la resistencia. Evidentemente, la profunda fe en el Islam constituye un elemento igualmente capital en la conservación de esa resistencia, pero su confesión islámica, en el caso de Libia, no está en la dirección de las ideas extremistas preconizadas por los movimientos islamistas.



Los libios, los mismos que se distanciaron del miedo y adoptaron un comportamiento de envite para lograr alcanzar sus objetivos, luchan por el cambio hacia un Estado Civil Democrático con el Islam como religión oficial del Estado sin que sea instrumentalizado por movimientos o gobiernos para oprimir a los pueblos. No se puede confundir el Islam político con la necesidad de una espiritualidad. El pueblo está muy vinculado a sus tradiciones y quiere vivir su fe en su mundo abierto y éste podría ser el caso de Libia sin perder de vista los riesgos que se vierten si los gobiernos de transición responden tarde a las necesidades democráticas de estas juventudes. La amenaza a la capitalización por parte de los movimientos extremistas de estas revueltas está presente, pero es difícil pronosticar a corto plazo el futuro, lo que sí se puede analizar es el presente.

2. ESPONTÁNEOS Y DESESPERANZADOS. ASÍ COMENZARON SU REVOLUCIÓN

Al final del túnel libio había más sombras que luces. Conocían a su líder, bajo cuyo dictadura han vivido sometidos al Libro Verde, mezcolanza ideológica inspirada en ideas marxistas y en el Islam, que se imponía ferozmente, temible e infranqueable. Con todo, los libios se dieron

una oportunidad, en homenaje a Mohamed Buazizi, el joven tunecino que se quemó a lo bonzo tras años denunciando en silencio los abusos de poder de las autoridades de su localidad. Él y su humilde puesto de frutas quedaron calcinados, sus cenizas hablaban solas: Cansancio hasta la extenuación y una desesperación que lo nublaba todo. Sin saber todo el alcance de su acción, encendió una llama de indignación en el mundo árabe-musulmán que recorrió pueblos, ciudades y traspasó fronteras con un resultado triunfal en Túnez y Egipto.

"¿Quién iba a decir que la mujer sería quien iniciara esta revolución?", pregunta Mustafá Saleh. Es taxista de profesión en Bengasi, la capital liberada, pero en la actualidad es solo "revolucionario" para atajar definitivamente con la autocracia del coronel, Muammar El Gadafi.



Recurre a la dinastía bereber, la que precedió a la alauí, para explicar que, entre los musulmanes, Túnez encarnaba el cuerpo de mujer (la debilidad) mientras que Argelia representaba el hombre (la fuerza) y Marruecos, el León, (el invencible). Libia aún no existía.

"Los musulmanes estamos muy sorprendidos de que hayan sido los tunecinos los primeros en derrocar a su régimen", remarcó Mustafá.

"Y si lo han conseguido nuestros hermanos tunecinos y egipcios, en cuyos países se aplicaron políticas igual de despóticas y corruptas que las de Gadafi ¿por qué no alcanzarlo nosotros?" señaló Mohamed Messiri. Es estudiante de ingeniería en la Universidad de Bengasi y el pasado 15 de febrero en su muro de Facebook colgó: "Es el momento de morir."

3. SIN ESLÓGANES ISLAMISTAS

“Somos ciudadanos, no súbditos” pensó el joven de 28 años antes de enfundarse la capucha y enfrentarse a las poderosas fuerzas del Estado frente a la katiba (base militar) de Bengasi, donde se apostaban los leales a Gadafi, y desde donde se abrió fuego contra los manifestantes que clamaban libertad y dignidad. No había eslóganes religiosos ni argumentos islamistas. El único lema o eslogan llevaba la palabra cambio. Para muchachos desalentados, como Messiari, la muerte es la única puerta de salvación a esta Revolución, mientras que Gadafi siga enseñando los dientes con discursos de los que se extrae un único mensaje: “O yo o el Apocalipsis”.



“Nuestra sangre es nuestro precio, pero ya no hay vuelta atrás”, manifestó Abderraham Elmesrati, integrante del movimiento de *Hands free* (manos libres) que participa en el proceso de transición. Con 25 años y una profunda devoción hacia Alá, anhela para su país un Estado Democrático Civil, con una Constitución que empiece por respetar los derechos humanos y los derechos de la mujer. Una constitución que garantice las libertades individuales y también un poder judicial sano.

“Gadafi quiere sembrar el pánico en todo el mundo, trasladando el mensaje de que sin él llegarán los terroristas. ¿Pero quién es aquí el terrorista?” manifiesta enardecido. “Llevamos una barba, de guerra, pero ¡no somos Al Qaeda! Queremos lo mismo que vosotros, libertad y derechos. Y si esa ansia incontenible de libertad y justicia social requiere morir, estamos dispuestos porque creemos en el paraíso, donde podremos disfrutar de todos los placeres de la vida. Es impactante para un musulmán poder representar la cara de Alá”, terminó de explicar el joven.

Abderramán, junto con el joven Messiari, fueron de los primeros en levantar la voz en la recientemente bautizada plaza de la liberación, en el centro de la ciudad, que desde que los rebeldes consiguieron liberarla presenta otro aspecto, de celebración, festivo. Para esta parte del país, la dictadura de Gadafi es agua pasada. Sus paredes han sido forradas con banderas de la independencia-las de la nueva Libia- y sus muros se han transformado en pequeños altares abigarrados por multitud de velas y fotos de 'mártires' que han sucumbido por la causa de la "Yihad".



“Estamos haciendo la Yihad (guerra, en árabe)”, cuenta Abdila- estudiante de economía en la Universidad de Misrata- y especifica que su guerra, ni en forma ni contenido, está relacionada con la causa defendida por la franquicia de Al Qaeda. “Esta es una lucha que desafía a un régimen que ha degollado a las voces opositoras, que ha matado a mis hermanos y sólo ha enriquecido a unos pocos”, en detrimento de toda una población asentada en un suelo con ingentes recursos petrolíferos y gasísticos, que sólo han beneficiado a una minoría elitista.

4. EL RETORNO DE LOS EXILIADOS

Tanto para los que regresaron del exilio en la última década, como para los recién aterrizados de la diáspora- aprovechando la nueva coyuntura política que se ha abierto en el país- es un “insulto” que la revolución Libia se la relacione con la organización terrorista de Al Qaeda u otros movimientos islamistas que fueron perseguidos por el régimen de Muammar el Gadafi.

“Aquí están los Hermanos Musulmanes, pero no son terroristas y, a día de hoy, constituyen una minoría sin objetivos de participar en la vida política”, aseguró Mohamed Baoui,

responsable del departamento de exteriores de Media Luna Roja. No obstante, reconoce el interés que tienen algunos movimientos de carácter islámico en capitalizar la situación e imponer sus convicciones religiosas. Y para los que “las revoluciones son haram (pecado) porque aspiran a más apertura. Los radicales rechazan la creación de un parlamento porque las leyes solo proceden de Dios y nosotros reclamamos instituciones democráticas”. Precisamente por ello, las revoluciones pacíficas han desmontado e incluso han hecho fracasar las teorías de los alqaedistas u otros grupos fundamentalistas, que ven en los alzamientos populares un obstáculo para la propagación de sus ideas extremistas basadas en la *Sharia* (ley islámica).



“Nos robó nuestro honor y nuestra dignidad”, dice Mohamed Baoui refiriéndose a Gadafi, al contar los motivos que le llevaron a abandonar su tierra natal, Bengasi. En la actualidad, Baoui participa en la Revolución gestionando la ayuda humanitaria de Media Luna Roja. Se emocionó cuando le preguntamos. ¿Por qué regresaste del exilio?

“Papá, me voy a Francia”, dijo Mohamed Banoui antes de organizar las maletas con rumbo a Europa, el dorado de las libertades individuales y de la democracia. Era 1978 y Gadafi ya había pergeñado su pensamiento inspirado en el socialismo y en el Islam que se convirtió en una dictadura personal durante más de cuatro décadas. El Estado le concedió una beca para iniciar los estudios en París y era la coyuntura perfecta para abandonar el país abocado al suicidio. Sus pronósticos se confirmaron: saqueos, corrupción, años de terror, de ejecuciones injustificadas y de laminadas libertades, sin pensamiento político personal y sin vida propia. “Fíjate- manifiesta emocionado- ¿Quién me iba a decir que me casaría con una francesa?”. Fue cuando comenzó a sentar los pilares de una carrera laboral exitosa como un pequeño hombre de negocios que aspiraba a volver a su casa, en Bengasi. Eso sí, cuando terminara la hegemonía política del dictador.

Diez años después, era ya 1990, su padre le telefoneó para convencerle de que regresara tras las promesas de Gadafi de iniciar cambios políticos para el país. “También nos amenazó con que si no volvíamos nos convertiríamos en opositores”, continuó Banoui, ahora con canas, manos y cara arrugadas. Retornó, quizás por miedo, piensa. “Allá donde había una representación Libia había mercenarios y Gadafi es conocido por cometer crímenes en el exterior. Y sobre mi familia también ejercieron mucha presión”, relata indignado. A sus 54 años no se arrepiente del retorno porque desarrolló un alma social que le ha alejado de prestar cualquier servicio a la dictadura. “He dedicado todo este tiempo a ayudar, dentro de la Medina Luna Roja, a los más necesitados”. Dice que su objetivo no ha sido nunca amasar fortuna, y que en el futuro le gustaría desempeñar un puesto de consultor en el nuevo Ministerio de Asuntos Exteriores

“Nos ha tocado la lotería”, manifiesta orgulloso Ali. A. Ali. Otro de los cientos de libios que abandonó su país motivados por el bloqueo político, la falta de oportunidades, la represión, y la mala vida. Regresó de Londres el pasado día 8 de enero animado por el triunfo de las revoluciones de Túnez y Egipto. “Me dije que la nuestra también ganaría. Nos convocaron a través del Facebook para la manifestación del 17 de febrero y aquí sigo”, nos cuenta este libio de 45 años. Está soltero y espera que Gadafi caiga para casarse.

Al joven Abdelsalam Fabil lo encontramos frente a la Embajada de Turquía en Bengasi durante unas manifestaciones contra la falta de apoyo del Gobierno turco a los rebeldes. Está ciego y emigró a Italia porque necesitaba un país que lo considerara ciudadano. “No podía seguir en Italia viendo como moría mi gente. Hemos venido varios invidentes para acompañar nuestra revolución. Y si Libia alcanza la libertad volveré a mi casa”. Con una educación europea perfectamente compatible con un profundo sentimiento religioso pide ayuda a la Comunidad Internacional para lograr la caída de Gadafi e iniciar las reformas en el país que ponga en marcha un sistema de gobierno democrático.

5. LOS CHECKS POINTS

La tierra tiembla bajo nuestros pies y por cada misil impactado contra el suelo del desierto libio, a una corta distancia de la carretera que une Adjabia con Brega (180 kilómetros), los insurrectos en segunda línea de fuego, desde sus humildes posiciones, lanzan el grito de “asesinos”. Se refieren al dictador, Muammar el Gadafi, y a sus carros de combate contra los que no pueden luchar mientras su munición siga saliendo de kalashnikovs. Ni siquiera las pequeñas baterías antiaéreas tienen la suficiente capacidad para derribar la artillería pesada de su ejército. El futuro de este país depende de la voluntad de los líderes mundiales.

Desesperación y euforia vuelven a ponerse de manifiesto en el último puesto de control de la carretera que alcanza Brega, donde los rebeldes hacen una obligada parada para mantenerse alimentados. Imprescindible energía para la guerra.



Los “checks points” son eso, pura adrenalina, de la que es bueno contagiarse antes de entrar en el campo de batalla en el que no es fácil salir ileso. Hasta aquí desembarcan y se concentran cientos de sublevados simplemente para desfogarse al grito de “Alá es grande”, quemando ruedas, realizando trompos con su coche, lanzando ráfagas de balas reales al aire a pesar de que algunas de ellas han abierto profundas heridas en las propias filas rebeldes por la inexperiencia militar de estos jóvenes de la Revolución. Las ofensivas de Gadafi los han obligado a levantarse en armas para defenderse.

Por los “checks point” han pasado vehículos “pick up” con cuerpos carbonizados, mutilados o heridos. Las sirenas del trajín de las ambulancias son la señal inequívoca de que la sangre del rebelde sigue corriendo sin que el grito desgarrado llegue a los foros con decisión para acabar rápidamente con la masacre del pueblo libio. Esto explica la impotencia que siente el rebelde al ver cómo sus camaradas van cayendo mientras defienden democracia y libertad. Las siniestras imágenes enfrentan los sentimientos del joven civil-muchos es la primera vez que empuñan un arma- que medita entre lanzarse al frente o permanecer en la retaguardia. Los hay que se quedan, pero la gran mayoría está dispuesto a convertirse en carne de cañón gadafista y que su foto pase a engrosar el mural de mártires de cualquier hospital de la zona este del país. Que todo sea por cambiar la historia de Libia cuyas páginas han sido contadas a golpe de dictadura.

Los puestos de control son también zona de ensayo. Algunos se preparan aquí para aprender a arrancar el seguro a una granada de fragmentación o entrenarse en la carga de una obsoleta batería antiaérea con polea. Pocas veces regresan del frente bélico con cara de triunfadores. Los rebeldes vuelven para aprovisionarse en las cantinas de galletas, zumos, chocolates, paquetes de leche, bocadillos de pan y atún. Las cajas con alimentos no cesan de llegar hasta los puestos de control para abastecer a los insurrectos en su desafiante camino hacia Trípoli. Y si los insurrectos no han dormido, siempre hay un trozo de suelo desértico sobre el que descansar hasta nueva orden. Los revolucionarios evitan dar por perdida su lucha y siguen sumando voluntarios y amontonando armas- muchas están llegando desde Qatar- para futuros combatientes. Ruegan y reclaman en un vivo grito de desesperación una acción contundente de los aviones de la coalición para que la embestida insurrecta continúe adelante. “¡Queremos una mayor intervención de Estados Unidos para liquidar a Gadafi!”, manifestó Hussein, un joven moderno en paro. Llegó a sugerir un despliegue sobre el terreno de efectivos internacionales porque “desde el aire no se puede ganar esta guerra”, añadió Mohamed Maraw, a quien le falta todavía muchas horas de entrenamiento para manejar un arma. Estudiante de informática en Los Ángeles, acaba de aterrizar en Libia para participar en los combates a favor de la dignidad. “Si el asesino no cae, regreso con mi padre a Estados Unidos”.

6. MISRATA, LA CIUDAD ASEDIADA



Donde no existen complejos sobre el despliegue de soldados en el terreno es en Misrata, la ciudad asediada ferozmente por las fuerzas leales al régimen. Han pasado más de dos meses desde que los mercenarios de Muammar El Gadafi empezaron a atacar de forma indiscriminada contra civiles y combatientes, arrasando viviendas, calles o edificios. Sus ciudadanos resisten bajo el fuego enemigo aferrándose a la idea de que la resolución de

Naciones Unidas que dio luz verde a una intervención internacional para proteger a la población civil cortaría de cuajo los tentáculos del líder libio dispuesto a morir matando.

Sin embargo el poder armamentístico del régimen sigue siendo fuerte en esta urbe de unos 400.000 habitantes amenazados noche y día. No pueden huir por tierra porque las carreteras están minadas de carros de combate del líder libio. Tampoco pueden escapar por mar, a donde sólo arriban barcos humanitarios para evacuar a extranjeros y entregar alimentos y medicinas. El puerto de Misrata, aun bajo control revolucionario, es el único cordón umbilical de la ciudad con el mundo exterior. Su caída en manos de los gadafistas hundiría la resistencia.



Misrata es la única ciudad rebelde al oeste del país que marca la frontera entre los dos posibles Estados que se pueden crear en el caso de que Gadafi se mantenga aferrado al poder.

“¿Un país dividido?, Imposible” responde contundente Haj Mohtaj, el jefe de un grupo rebelde en uno de los barrios cercanos a la gran temida Avenida de Trípoli donde se han apostado francotiradores del régimen abriendo fuego contra los insurgentes que desean cambios políticos. “Somos un solo puño con una sola capital, Trípoli”, agregó Mohtaj.

Mohtaj es comerciante y, a pesar de que su única experiencia militar la adquirió durante los meses de servicio militar impuesto por Gadafi, encabeza un grupo de unos cuarenta rebeldes que ocupan un edificio en construcción en una de las calles colindantes a Trípoli, la arteria principal de la ciudad. Los agujeros sobre las paredes del edificio sirven de defensa a estos jóvenes armados, a los que el régimen les ha impuesto un impase en sus vidas.

Cerradas las universidades y los colegios, se han hecho acopio de las armas requisadas en las bases militares conquistadas para defender sus casas y correr al fuego cruzado encomendándose a Alá.

En Misrata los combates se suceden en el interior de la ciudad. Se trata de recuperar metros de una calle o de un barrio. Por ello, los habitantes han desarrollado un impecable ingenio. Telas bañadas de gasolina cubren tramos de carretera para que el tanque gadafista que se acerque sea abatido con un simple tiro rebelde que abra fuego y lo calcine. Y así con todo. Los modestos chalecos antibalas fabricados a mano, con piezas de metal y envueltos en trozos de tela o los vehículos “pick up” preparadas con placas metálicas simulando coches blindados. Coches metralletas improvisados para esta batalla. La mayoría de ellos han sido pintados de negro para diferenciarlos del enemigo.

Con apenas 16 y 17 años, los jóvenes combatientes, despolitizados durante los últimos 40 años de dictadura, quieren que Libia se deje llevar por esta marea democratizadora que ya alcanzó Túnez y Egipto.



“Mira, yo sueño con una Libia libre, democrático y unida. Que todo el pueblo pueda tener la palabra. Por eso quiero construir una comisión o un sindicato para hacer comprender a la juventud que significa la constitución”, comentó Hicham, proviene de una familia de bien, acomodada. Dice que comenzó a soñar el pasado 17 de febrero cuando estalló la revolución: “Creo que nuestras manifestaciones son muy claras. La sociedad civil no desea una república islámica porque así nos cerraríamos al mundo, lo que precisamente nos ha ocurrido con Gadafi. La religión es entre tú y Dios. Debemos respetar a los que rezan y a los que no.

Queremos apertura. ¿Sabes? Yo voy todos los años a Francia y la gente no sabe siquiera situar en el mapa Libia. Hasta que no pronuncias la palabra Gadafi no sabes de lo que estás hablando”.

Según Hicham la caída del régimen supondría “empezar de cero” a todos los niveles. “Desde la construcción de edificios, la explotación de las playas o la creación de infraestructuras hasta pedir a los libios que trabajen. Mira, ciertos empleos como el de la construcción o el sector de la limpieza no están dirigidos a los libios. Por vergüenza o simplemente por una cuestión cultural. Esta idea hay que arrancarla de la cabeza”, prosigue el joven sindicalista.

Jóvenes como Hicham, globalizados y completamente conectados con el exterior, son los que han despertado en Libia a favor del cambio y los que están dando rienda suelta a estas ideas liberadoras a través de las redes sociales, y sobre todo, mediante la música revolucionaria. En el corazón de la revolución, en Bengasi, en un pequeño estudio del “*media center*” (un edificio empapelado con caricaturas y grafitis críticos con el régimen, donde además se fabrican periódicos y se canaliza las informaciones que se difunden a todo el mundo) se abre una puerta que indica: *Guys Underground*

Una vez dentro, suena rap e himnos revolucionarios. La creatividad y el ingenio duramente reprimido bajo la bota gadafista renacen con empeño e ilusión entre los jóvenes libios. Llevan largas melenas, envueltos en pantalones y camisetas negras con dibujos de grupos de metal. Un aspecto físico muy rompedor para una sociedad profundamente conservadora como la Libia que pone de manifiesto que la palabra del profeta no es interpretada al pie de la letra tal y como exigen los valores impulsados por los salafistas (reivindican volver a los orígenes del Islam). Para la mentalidad fundamentalista, el buen musulmán está obligado a seguir un estilo parecido al del profeta, y en este colectivo emergente formado por hombres del elenco cultural revolucionario no hay signos de querer practicar ese modelo tradicional de vida. En la pared, como simbolizando ese espíritu de la revuelta, un grafiti reza: “No podemos cambiar el pasado, pero si nuestro futuro”

Beatriz Mesa García
Periodista
Corresponsal en el Magreb